

HISTORIAS ILUSTRADAS CON MORALEJA



1. Al principio, cuando se es joven, todo tiene la frescura y la ligereza del error. Las grandes palabras todavía no hieden con el cogtenido de sus intestinos, el amor es una caricia ausente de pecado, aún no hemos sido encadenados en nombre de la libertad y del bien común y todavía no vomitamos de asco en las grandes solemnidades. Estas circunstancias hacen a los jóvenes apasionados, irresponsables y dados a los dogmatismos utópicos que sólo conducen a la violencia y a la necesidad de que los más sensatos se vean obligados a empuñar la vara y la reja. La pecaminosa alegría de los jóvenes injuria a los doctos y a los sensatos que tienen las posaderas en carne viva de meditar sobre el bien ajeno y se resisten a que nadie golpee sus nalgas o las empujen para que no se detengan en el fluir del curso de la historia. Como ven ustedes, tenemos toda la razón.



2. Afortunadamente, el tiempo todo lo cura. Si se sobrevive, pronto llegará la prudente madurez y la vida nos obligará a mostrar la mejilla verdadera: la de recibir las bofetadas. Es decir, las dos mejillas. El amor se someterá al código civil y al de comercio, las grandes palabras se harán concretas, gracias a Dios, en códigos y leyes especiales, sabremos comprender por qué nuestra libertad acaba donde empiezan las de nuestros superiores y vigilantes y el prójimo nos conmovirá cuando aparezca en letra impresa en la sección de accidentes laborales durante la semana y en los automovilísticos en los weekendes. El hombre deja de ser niño y se coloca emblemas en la solapa, militares si hizo alguna guerra, y deportivas si su pasión camina por los cauces de la rivalidad y los enfrentamientos sociales bien entendidos.



3. Hasta que un día alcanzamos la sabiduría verdadera. Las carnes que se encendían solas en la juventud ya no se avivan ni con los estímulos que necesitamos en la madurez. Han muerto los instintos y la sabiduría y la prudencia nos invade. Es la hora en la que el mesarse barbas y entrecejos da los óptimos frutos de la verdad. Ahora sabemos que el amor es una pasión que conduce al antibiótico, la libertad individual un ultraje al bien común, las grandes palabras la lista que precede a las de nuestras virtudes y el prójimo la materia plástica para organizar la sociedad cuya forma nos vemos obligados a construir nosotros a nuestra imagen y semejanza. Entonces, en la soledad de nuestra magnificencia, nos preguntamos si el mundo se ha merecido nuestra existencia y justamente indignados le condenamos a muerte en juicio sumarísimo aunque luego le indultemos en un acto de clemencia. La moraleja es sencilla: si no se es joven de viejo, más vale morir a tiempo porque un cuerpo inco-rrupto de adolescente tiene mejor mirar que uno de viejo. Por dentro y por fuera. ■ **DIÓGENES LAERCIO JR.**